

DEL SIGNO NEGADO AL SIGNO VIRTUAL CAMBIOS Y PERMANENCIAS EN LA HISTORIA SOCIAL DE LA CULTURA ESCRITA¹

ANTONIO CASTILLO GÓMEZ
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

*En recuerdo de unos días en Vigo, entre
maestras y maestros de escribir y leer.*

1. LA ESCRITURA Y LO ESCRITO

En la introducción al volumen colectivo *Cultura escrita en las sociedades tradicionales*, el antropólogo Jack Goody, compilador del mismo, afirma lo siguiente:

¹ Este texto corresponde a una versión corregida de la ponencia que presenté en las *IV Jornadas sobre historia, usos e aprendizaxe da linguaxe escrita* (Vigo, 8 al 10 de mayo de 1998), organizadas por los Centros de Formación Continuada do Profesorado (CEFOCOPS) de Galicia y la Consellería de Educación e Ordenación Universitaria de la Xunta. Respecto al título reconozco mi deuda con otro similar de Guglielmo CAVALLO, *Del segno incompiuto al segno negato. Linee per una ricerca su alfabetismo, produzione e circolazione di cultura scritta in Italia nei primi secoli dell'impero*, en *Alfabetismo e cultura scritta nella storia della società italiana*, Atti del Seminario tenutosi a Perugia il 29-30 marzo 1977, Perugia, Università degli Studi, 1978, pp. 119-145. Finalmente mi agradecimiento, una vez más, a Armando Petrucci por la lectura de estas páginas, por sus observaciones y anotaciones bibliográficas.

«Si se considera la importancia de la escritura en los últimos 5000 años, y sus profundos efectos sobre la vida de todos y cada uno de nosotros resulta sorprendente la poca atención que se ha prestado a la influencia ejercida por la escritura en la vida social de la humanidad. Los estudios suelen ser historias del desarrollo de los sistemas de escritura, y los especialistas en letras se concentran en el contenido antes que en las consecuencias de los actos comunicativos».²

La versión original de este texto data de 1968, pero, lejos de haber perdido vigencia, conserva todavía buena parte de la misma. Desde entonces, es cierto, ha llovido mucho y algunas de esas aguas han renovado los estudios sobre la cultura escrita; con todo, aún son muy habituales las historias de la escritura concebidas bajo enunciados estrictamente lingüísticos o limitadas a la sola exposición de las características y el desenvolvimiento de los diversos sistemas gráficos, olvidando algo tan obvio como su contenido sociocultural: la escritura y lo escrito como producto humano, social e histórico. Es más, el hecho de que el texto de Goody no se haya traducido al castellano hasta hace tres años es indicativo de la novedad que aún califica el panorama de los estudios sobre cultura escrita en España, así como del interés que éstos han ido adquiriendo a medida que las nuevas categorías de la cultura virtual o cibernética se han dejado sentir sobre la constelación escrita.³

Dejando aparte, que no de lado, los ensayos que buscan argumentar filosóficamente el *ser* de la escritura, todavía se puede sostener sin rubor que un buen número de las publicaciones concernientes a la historia de la misma -omito las que se ocupan de los métodos y experiencias concretas de enseñanza/aprendizaje- tienen su cometido en mostrar los rasgos y particularidades de cada uno de los sistemas de escritura,⁴ mientras que, muy a menudo, evitan las

² Jack GOODY, *Introducción*, en J. GOODY (comp.), *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa, 1996 [*Literacy in Traditional Societies*, Cambridge University Press, 1968], pp. 11-38: 11.

³ Desde la perspectiva, también, de la larga duración, en la que cobran significado más cierto los cambios y mutaciones sociales o culturales, resultan particularmente sugerentes las reflexiones de Roger CHARTIER, *Del código a la pantalla: las trayectorias de lo escrito*, en su libro *Sociedad y escritura en la Edad Moderna. La cultura como apropiación*, México, Instituto Mora, 1995, pp. 249-263; así como el resultado de su larga conversación con Jean Lebrun, en R. CHARTIER, *Le livre en révolutions. Entretien avec Jean Lebrun*, París, Les Éditions Textuel, 1997.

⁴ Entre la floresta de títulos, sirvan los siguientes a guisa de muestra: Ignace J. GELB, *Historia de la escritura*, Madrid, Alianza Editorial, 1976 [*A Study of Writing*, Chicago, The University of Chicago Press, 1952]; Albertine GAUR, *Historia de la escritura*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1990 [*A History of Writing*, Londres, The British Library, 1984-1987]; Geoffrey SAMPSON, *Sistemas de escritura*, Barcelona, Gedisa, 1997 [*Writing Systems*, 1985]; Giorgio R. CARDONA, *Storia della scrittura*, Milán, Mondadori 1986. Andrew ROBINSON, *Historia de la escritura. Alfabetos, jeroglíficos*

consecuencias de su presencia social. De hecho, no pocas de esas exploraciones entienden la escritura como un simple *objeto*, como si se tratara de un código de comunicación ensimismado, atrapado en el rasgo de sus signos, des/socializado, extraño a los significados y usos cobrados en cada sociedad y momento histórico. Lo que es tanto como despreciar el estudio de los procesos que, a lo largo del existir humano, han gobernado y gobiernan la producción, distribución y apropiación de lo escrito.

Parafraseando las palabras sobre la lectura del sociólogo francés Pierre Bourdieu,⁵ la cultura escrita tampoco pueden sustraerse a las condiciones sociales de su posibilidad, ya sean las de las situaciones en las que se escribe o bien las que rigen la toma o adquisición de la palabra escrita en cualquiera de sus niveles: profesional, escolar, laboral o privado, desde los escribientes de oficio a los escritores habituales o más o menos ocasionales. Para, desde ahí, apreciar igualmente la importancia de las formas materiales, soporte y espacio de lo escrito, tanto en el proceso de su inscripción o registro gráfico como en el momento de las diversas recepciones o apropiaciones que los bosques textuales experimentan en la carne de cada uno de los lectores y de las lectoras.⁶ Un horizonte que respeta la identidad diferenciada de los actos de escritura y lectura, pero, al mismo tiempo, los convoca en torno a la mesa común del texto escrito.

Por lo tanto, sin caer en el tópico fácil y desusado de proclamar la superioridad del lenguaje escrito sobre el hablado, ni en la idea lineal, desmentida por la historia, que asimilaba directamente el conocimiento de la escritura con el progreso social, cultural, científico o cognitivo,⁷ tampoco se pueden obviar las implicaciones sociales, políticas o culturales derivadas de la razón gráfica.

Desde ese punto de vista, la historia del lenguaje y de la cultura escrita no puede ser exclusivamente una historia de los sistemas de escritura, sino que debe interpretar el contenido y la modalidad de las diferentes prácticas de lo escrito,

y pictogramas, Barcelona, Ediciones Destino, 1996 [*The Story of Writing*, Londres, Thames and Hudson, 1995]; y Jesús TUSÓN, *La escritura. Una introducción a la cultura alfabética*, Barcelona, Octaedro, 1997.

⁵ Pierre BOURDIEU, *Lectura, lectores, letrados, literatura* (1981), en *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1988 [*Choses dites*, París, Les Éditions de Minuit, 1987], pp. 115-124: 116.

⁶ En este sentido pueden verse las limitaciones que presentan ciertos planteamientos de la crítica literaria, ajenos tanto al contenido de las formas -las materialidades de los textos- como a la historicidad de la lectura, argumentos inexcusables en cualquier historia de la literatura que se precie. Cfr. Roger CHARTIER, *La pluma, el taller y la voz*, en *Pluma de ganso, libro de letras, ojo de viajero*, México, Universidad Iberoamericana: Departamento de Historia, 1997, pp. 21-45.

⁷ Cfr. David R. OLSON, *El mundo sobre el papel. El impacto de la escritura y la lectura en la estructura del conocimiento*, Barcelona, Gedisa, 1998 [*The world on paper*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994], pp. 23-27.

el valor y el uso que las distintas sociedades le han dado y le dan. Esto implica entender la escritura como una tecnología de razonamiento y comunicación social capaz de generar modos propios de pensar el mundo y construir la realidad, advirtiendo que esas potencialidades dependen de las condiciones de su posibilidad, de la distribución histórica de las capacidades de escribir y leer, de los discursos

sobre la función y el destino de la escritura. En definitiva, se trata de poner de relieve la importancia histórica de los medios y modos de comunicación y, de acuerdo con la propuesta de Jack Goody, trasladar a ellos parte del énfasis que se había puesto en los medios y modos de producción a la hora de explicar el devenir de la humanidad.⁸ Al contemplarlo de ese modo pronto se verá que la escritura no es solamente el signo escrito, sino todo cuanto concierne al contexto de su producción, transmisión y apropiación.

A partir de aquí paso a esbozar algunos de los itinerarios que han marcado la historia social de la cultura escrita desde que esta forma de lenguaje se hizo históricamente presente como una herramienta compleja y monopolizada por una casta de escribas -de ahí que hable del signo negado- hasta que se convierte -lo que estamos viviendo en nuestros días- en una serie de impulsos electrónicos capaces de representarse virtualmente en la pantalla del ordenador con sólo pulsar una tecla. 5.000 años de aventura que ahora me dispongo a recorrer viendo las materialidades y aplicaciones de la *semilla negra*⁹ en su perspectiva diacrónica, en la larga duración, señalando las constantes y las transformaciones, los cambios y las permanencias, la historicidad de sus prácticas.

2. CAMINO DEL ALFABETO

En nuestra sociedad, en la que aprendemos a leer y escribir desde la más tierna infancia, a menudo confundimos el lenguaje con la escritura y nos referimos a ésta como si fuera una clase especial de aquél. El código escrito se compara con el hablado atribuyéndole una mayor precisión. Incluso, en determinadas circunstancias, nos expresamos como si los pueblos ágrafos no tuvieran también una lengua y sólo

⁸ Jack GOODY, *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, Alianza Editorial, 1990 [*The Logic of Writing in the Organization of Society*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986], p. 212.

⁹ El término -*seme nero*, en su lengua de origen- procede de un acertijo veronés del siglo VIII. Lo tomo de Laura SCIASCIA, *Il seme nero. Scrittura e strutture sociali in Sicilia tra Due e Trecento*, «Quaderni Medievali», 25 (1988), pp. 109-120.

podieran comunicarse entre sí de un modo imperfecto. Por supuesto, no es así. El error parte de identificar lenguaje y escritura. Ambos están claramente relacionados, pero no son lo mismo. La escritura es el repertorio de técnicas que permiten la representación gráfica del habla y del pensamiento, aunque también mucho más que eso. El lenguaje es el inventario de normas que gobiernan el habla y existe con independencia de cualquier sistema de comunicación escrita. Es más, la inmensa mayoría de los centenares de lenguas habladas por la humanidad nunca han sido escritas. Por lo tanto, la escritura no es natural, sino más bien un factor cultural, un elemento propio de determinadas civilizaciones, ni siquiera de todas.

Prueba de ello es que bastantes culturas no han tenido la necesidad de recurrir al código escrito para fijar sus pensamientos y establecer una comunicación. De hecho, en muchas circunstancias, también ahora, basta con una señal o un gesto visual, auditivo o táctil para que, al instante, captemos el mensaje transmitido. Se podría pensar que eso también es una forma de "escritura", siempre que asociemos ésta a cualquier código capaz de establecer una comunicación entre las personas que lo conocen y comparten, lo mismo que valdría decir de las sensaciones y mensajes experimentados y percibidos por cualquiera de los sentidos; sólo que aquí parto de un concepto de escritura más específico y restringido, de un lenguaje que trasciende los límites del espacio y del tiempo de su producción y hace factible una comunicación en la distancia, en la ausencia.

Por lo mismo, si bien los orígenes de la escritura se pueden emparentar con el significado atribuido, en un momento dado, a ciertos objetos y señales -como el que pudieron darle los persas a los presentes enviados por los reyes de los escitas-, el código del que me ocupo en estas páginas guarda más conexión con el enunciado de palabras al que se refiere Walter Ong.¹⁰ Un sistema capaz, por ejemplo, de unificar la polisemia del objeto, que, en el testimonio antes aludido, llevó a interpretaciones tan dispares como las que el rey Darío y Gobrias dieron al pájaro, al ratón, a la rana y a las cinco flechas entregadas por el heraldo escita:

«Como esta circunstancia se repitió en diversas ocasiones, finalmente Darío se vio en una situación crítica; y, al percatarse de ello, los reyes de los escitas despacharon un heraldo para que llevase a Darío unos presentes consistentes en un pájaro, un ratón, una rana y cinco flechas. Entonces los persas preguntaron al portador de los presentes cuál era el significado de los mismos,

¹⁰ «Una grafía en el sentido de una escritura real, como es entendida aquí, no consiste sólo en imágenes, en representaciones de cosas, sino en la representación de un *enunciado*, de palabras que alguien dice o que se supone que dice». Walter J. ONG, *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*, México, FCE, 1993, 1ª reimp. [*Orality and Literacy. The Technologizing of the Word*, Londres, Methuen & Co. Ltd, 1982], p. 86.

pero el hombre respondió que no se le había dado más encargo que entregarlos y regresar cuanto antes, e instó a que fueran los persas quienes, si eran inteligentes, interpretasen por su cuenta lo que querían decir aquellos presentes. Al oír estas palabras, los persas se pusieron a deliberar sobre el caso.

»Pues bien, la opinión de Darío era que los escitas se rendían, entregándole de paso la tierra y el agua; y basaba su interpretación en el hecho de que el ratón vive en la tierra y se alimenta de los mismos productos que el hombre, que la rana vive en el agua, que el pájaro se parece extraordinariamente al caballo y en que entregaban las flechas en representación de sus armas. Esta fue la interpretación que propuso Darío. Sin embargo, a dicha interpretación se opuso la de Gobrias, una de las siete personas que habían derrocado al mago, ya que, a su juicio, los presentes querían decir: "Persas, si no os convertís en pájaros para remontaros al cielo, o en ratones para esconderos bajo tierra, o en ranas para zambulliros en las charcas, no regresaréis a vuestra patria, pues seréis atravesados por estos dardos"». ¹¹

La aventura del lenguaje escrito, acaso «la más trascendental de todas las invenciones tecnológicas humanas», ¹² tiene una corta historia, poco más de cinco mil años, nada frente a los 90.000 de la especie humana. Por los testimonios que conocemos, todo empezó en la antigua Sumeria (actual Iraq), entre el cuarto y el tercer milenio antes de nuestra era. Previamente a ese momento, se pueden destacar dos series de expresiones gráficas que tuvieron algo que ver con su origen. Por un lado, los signos trazados o pintados en los costados de los vasos, o grabados en los timbres y cilindros empleados como sellos (*bullae*). Por otro, una especie de pequeñas fichas, de piedra o arcilla, de formas diversas, con anotaciones que debían pertenecer a un método de contabilidad (*calculi*). Sin embargo, unos y otras no pueden considerarse una verdadera escritura por cuanto no servían para fijar cualquier tipo de mensaje. ¹³ Entre esos precedentes de la escritura, lo que Gelb denomina la *no-escritura*, también podrían tomarse en cuenta los dibujos primitivos, ciertos sistemas calificados de incompletos y los distintos recursos de identificación mnemónica (varas con muescas, palos para contar, los *quipu* incas, los *wampums* de los indios iroqueses o los "registros de invierno" de los indios dakota, entre otros), ¹⁴ donde el protografismo muestra sus primeras evidencias.

¹¹ HERÓDOTO, *Historia*, traducción y notas de Carlos Schrader, Libros III-IV, Madrid, Gredos, 1979, pp. 403-405, lib. IV: 131-132.

¹² W. J. ONG, *Oralidad y escritura*, cit., p. 87.

¹³ Jean BOTTÉRO, *La escritura y la formación de la inteligencia en la antigua Mesopotamia*, en J. BOTTÉRO y otros, *Cultura, pensamiento, escritura*, Barcelona, Gedisa, 1995, pp. 9-43: 11. Este artículo se publicó inicialmente en la revista "Le Débat", nº 62 (novembre-décembre 1990).

¹⁴ Ignace J. GELB, *Historia de la escritura*, cit., 1982², "Capítulo 2: Precedentes de la escritura", pp. 47-89.

De éste se evoluciona a la escritura pictográfica, definida por el uso de símbolos icónicos instrumentalizados y estereotipados para la comunicación lingüística. Dentro de ella se puede distinguir entre una *pictografía sinóptica*, cuando se representa la totalidad del acontecimiento, como en los cómics, muy común en las culturas amerindias; y una *pictografía analítica*, cuando el discurso se descompone en unidades semánticas (logogramas), formando así una verdadera escritura léxica en imágenes, lo que Gubern ha considerado «un paso gigantesco desde la constelación indivisa y conglomerada a la linealidad analítica de la escritura».¹⁵

Por su condición icónica, el pictograma terminará asumiendo la esencia del referente y la imagen de la cosa llegará a identificarse con la cosa misma. Ese paso empieza a hacerse verosímil en los cientos de tablillas de arcilla conservadas de alrededor del 3.200 antes de nuestra era referidas a anotaciones cifradas de movimientos de bienes. En ellas se han distinguido más de un millar de pictogramas distintos, repetidos y combinados en secuencias diferentes, señal clara de que han pasado de nombrar un objeto concreto a designar una realidad objetivable: una *escritura de cosas*, según la ha denominado Jean Bottéro, «capaz de *recordar* lo conocido, pero prácticamente incapaz para *enseñar* lo nuevo». En esa fase, la combinación del signo de la "mujer" con el de la "montaña" evocaba la "sirvienta" -la esclava de sexo femenino traída como botín de guerra desde su país ultramontano- y el grupo de los signos "hombre" y "arado" era una manera de representar el "campesino", por señalar un par de ejemplos.¹⁶

Para consumir el tránsito de la mnemotécnica a la escritura tuvo que producirse un mayor acercamiento entre el lenguaje escrito y el oral. Un paso, el de la *fonetización*, que se dio por la necesidad de representar los nombres de las personas, y que, para Gelb, constituyó «el avance más importante de la historia de la escritura»,¹⁷ una «verdadera revolución conceptual» según Román Gubern.¹⁸ La escritura dejó de ser la representación, figurada o desfigurada, de una realidad, de una idea (*escritura ideográfica*), y se convirtió en el resultado de una convención humana, la que determina que unos signos gráficos interpreten los sonidos del habla.

Algo más tarde, hacia el año 1.700 antes de nuestra era, primero en la península del Sinaí y después en las costas mediterráneas de Palestina, el Líbano y Siria, se produjo el nacimiento de la *escritura alfabética*, cuya primera muestra es una inscripción protosinaítica en una esfinge. Por su semejanza con el silabario

¹⁵ Román GUBERN, *La mirada opulenta. Exploración de la iconosfera contemporánea*, Barcelona, Gustavo Gili, 1987, p. 58.

¹⁶ J. BOTTÉRO, *La escritura y la formación*, cit., pp. 13-14.

¹⁷ Ignace J. GELB, *Historia de la escritura*, cit., p. 250.

¹⁸ R. GUBERN, *La mirada opulenta*, cit., p. 59.

egipcio, cabe pensar que su origen se encuentre en éste. Ese alfabeto consonántico debió llegar a conocimiento de los griegos en el siglo IX antes de nuestra era, por la presencia comercial de éstos en las ciudades fenicias, y fue la base del suyo, testimoniado por el vaso de Dípilon, datado en torno al año 740, siendo su principal aportación la incorporación de marcas gráficas para las articulaciones vocálicas¹⁹.

La adaptación del sistema alfabético fenicio a la lengua griega quedaba a disposición de otras que, mediante modificaciones ajustadas a sus patrones fónicos, podían alcanzar igualmente su fijación escrita. Los etruscos, en contacto con los griegos asentados en la costa tirrena, conocieron su alfabeto desde el siglo VIII antes de nuestra era; pero, en lugar de conservar los nombres fenicios de las letras (*alpha*, *beta*...), como los griegos, optaron por designarlas de manera parecida a como lo hacemos ahora (*a*, *be*, *ce*...). A través de los etruscos, la escritura alfabética llegó también a los latinos (s. VII), cuyo sistema de 21 signos (A, B, C, D, E, F, G, H, I, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, V, X) estaba plenamente formado en la época republicana, aunque al término de ésta y comienzos del imperio se le añadieron otras dos letras más (Y, Z), necesarias para escribir algunos nombres griegos.²⁰

Entre mediados del siglo VIII y el VI antes de nuestra era la *revolución alfabética* se había consumado y con ella se abría paso una nueva etapa. En palabras de Gelb, «durante los últimos 2.500 años, el alfabeto ha conquistado la civilización y ha llegado a los rincones más recónditos del mundo; pero en todo este tiempo los principios de la escritura no han sufrido ninguna reforma. Los centenares de alfabetos repartidos por todas partes, aunque superficialmente puedan parecer diferentes, siguen, todos, los principios establecidos, por primera y última vez, por la escritura griega».²¹

Fenicios, griegos y romanos crearon el andamiaje de nuestro lenguaje escrito. Con el alfabeto llegaba una tecnología comunicativa mucho más simple y precisa, reducida a la capacidad significativa de una veintena de signos. Casi nada frente a los más de mil pictogramas de la escritura sumeria y una nimiedad comparados con los más de cuarenta mil caracteres de una lengua tan artística como difícil, el chino.

En adelante, más que modificaciones en el sistema de escritura, lo que interesa destacar son los cambios en los formatos y los soportes de la misma y las innovaciones técnicas que se han ido produciendo, en cuanto unos y otras condicionan y explican los usos y alcances de la cultura escrita, contemplada aquí con atención preferente al mundo occidental.

¹⁹ Jesús TUSÓN, *La escritura*, cit., pp. 90-94.

²⁰ *Ibidem*, pp. 94-97.

²¹ Ignace J. GELB, *Historia de la escritura*, cit., p. 255.

3. LA CULTURA ESCRITA EN LA LARGA DURACIÓN

Sin incurrir en fáciles y trasnochadas dicotomías entre el pensamiento salvaje y el racional, es indiscutible que «la estructura misma del conocimiento fue alterada por los intentos de representar el mundo sobre el papel»,²² y, por lo mismo, que la dimensión de esas alteraciones tiene también mucho que ver con las características de los sistemas de escritura y los discursos y contextos que han regido la desigual distribución social de la capacidades de escribir y leer.

La invención de la escritura y la implicación social de la razón gráfica marcan, desde sus inicios, una forma distinta de organizar y pensar la realidad, cuyas primeras evidencias se pueden verificar por la variedad de sus usos en Mesopotamia y Egipto. Ya fuera para registrar datos administrativos, codificar leyes, dar publicidad a los edictos reales, normalizar las tradiciones sagradas, reclamar la protección de los dioses, aprender el oficio de escriba o manifestar la capacidad científica o literaria de sus autores.²³ Con todo, las consecuencias de la cultura escrita se vieron limitadas por la complejidad del código, la limitada necesidad social de escribir y el monopolio escriturario de los escribas, cuyo conocimiento, adquirido y transmitido en la "escuela" (*e-dubba* o "casa de las tablillas"), les sirvió como medio de promoción social y les permitió entroncar con las clases dirigentes: «Sé un escriba, te libra del trabajo agotador, te protege de cualquier tipo de tarea ingrata»; «Sé un escriba. Tus miembros tendrán una apariencia impecable, tus manos serán suaves. Irás ataviado con ropas blancas, se te honrará y los cortesanos te saludarán».²⁴ Su elevada posición social les eximía del pago de impuestos y de realizar labores onerosas: «La escritura, para aquel que la posee, es más estimulante que ninguna otra preocupación, más agradable que el pan y la cerveza, que el vestido o los perfumes. Sí, es más valiosa que una herencia o que una tumba».²⁵ Escribir y leer era, en efecto, una profesión más, como la medicina, la agrimensura, la jurisprudencia, la liturgia o cualquier otra técnica.²⁶ De ahí que los escribas llegaran a forjarse «un espíritu orgulloso del

²² David R. OLSON, *El mundo sobre el papel*, cit., p. 17.

²³ Harvey J. GRAFF, *Storia dell'alfabetizzazione occidentale, I. Dalle origini alla fine del Medioevo*, Bolonia, il Mulino, 1989 [*The Legacies of Literacy. Continuities and Contradictions in Western Culture and Society*, Bloomington-Indianapolis, Indiana University Press, 1987], pp. 42-44.

²⁴ Ambos pasajes están en el papiro Chester Beatty IV: A. H. GARDINER, *Hieratic Papyri in the British Museum, 3rd Series: Chester Beatty Gift*, Londres, 1935, p. 41. Además, el primero aparece en el papiro Anastasi II y en el papiro Sallier I: R. A. CAMINOS, *Late Egyptian Miscellanies*, Londres, 1954, pp. 51 y 317. Por mi parte, tomo las referencias de Barry J. KEMP, *Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, Crítica, 1992 [*Ancient Egypt. Anatomy of Civilization*, Londres, Routledge, 1989], p. 144.

²⁵ Cita J. TUSÓN, *La escritura*, p. 72, procedente de Julia JOYAUX, *Le langage, cet inconnu*, París, SGPP (Deuxième Partie, pp. 57-111), 1969, p. 72.

²⁶ J. BOTTÉRO, *La escritura y la formación*, cit., p. 18.

prestigio intelectual, de casta que detenta una técnica inaccesible a la mayoría, que proporciona a los escribas el control de la máquina gubernamental y económica del país».²⁷

Esa situación de monopolio profesional de la escritura empieza a modificarse según se simplifica la norma gráfica, crece la necesidad política y social de escribir y el oficio de escriba pierde la atribución divina que tenía en la sociedad del Próximo Oriente Antiguo. Es decir, en el marco de los cambios experimentados en la Grecia de los siglos V y IV antes de nuestra era, cuando la escritura alcanzó una mayor proyección como tecnología de la democracia ateniense. Sin que la escritura la creara, como sostuvieron algunos autores, el desarrollo de la polis y el sistema democrático requirió la participación en la vida pública y, por esto mismo, un uso ampliado de la cultura escrita. A diferencia de lo que ocurrió en Sumer, Babilonia y Egipto, donde las utilidades de la escritura estuvieron estrechamente asociadas a las exigencias del Estado y la religión, la democracia ateniense favoreció un mayor consumo social de cultura escrita con fines políticos y prácticos (ostracismo, publicidad de las leyes, cartas, marcas de propiedad, lectura de inscripciones, etc.),²⁸ uno de cuyos testimonios más elocuentes, eco también de la coexistencia entre la oralidad y la escritura, lo tenemos en el fragmento de *Hipólito* en el que Eurípides dramatiza el momento en el que Teseo lee la carta que le ha dejado Fedra, su esposa, antes de suicidarse por su frustrado amor a Hipólito, hijo del rey ateniense:

«¡Oh, oh! ¿Qué significa esta tablilla que pende de su mano querida? ¿Quiere revelar algo nuevo? ¿Será una carta que escribió la desdichada suplicando algo por ella y por nuestros hijos?»²⁹

Con todo, lo que realmente determinó la transición de una sociedad oral a otra escrita fue la invención de la literatura y la lectura por placer. Siendo exagerada la afirmación de Aristófanes de que «cada uno con un libro se entera así de lo que es

²⁷ Mario LIVERANI, *El Antiguo Oriente. Historia, sociedad y economía*, Barcelona, Crítica, 1995 [*Antico Oriente. Storia, società, economia*, Roma-Bari, Laterza, 1991], p. 233. Sobre los escribas, véase también Alessandro ROCCATI, *El escriba*, en Sergio DONADONI (ed.), *El hombre egipcio*, Madrid, Alianza Editorial, 1991 [*L'uomo egiziano*, Roma-Bari, Laterza, 1990], pp. 81-106.

²⁸ Cfr. Domenico MUSTI, *Democrazia e scrittura*, «Scrittura e Civiltà», 10 (1986), pp. 21-48 + 11 tav.; Marcel DETIENNE (ed.), *Les savoirs de l'écriture en Grèce ancienne*, Lille, Presses Universitaires de Lille, 1988.; y Juan ARANZADI, *Historia de la escritura (Escritura, sociedad y alfabetización en Grecia)*, «La(s) Otra(s) Historia(s)», 2 (1989), pp. 109-155.

²⁹ vv. 856-860. EURÍPIDES, *Tragedias*, I. *El cíclope. Alceste. Medea. Las heráclidas. Hipólito. Andrómaca. Hécuba*, ed. de Alberto Medina González y Juan Antonio López Férrez, Madrid, Gredos, 1983, 1ª reimp., p. 357.

sabio» (*Las ranas*, v. 1114),³⁰ la literatura y el arte griego de los siglos V y IV antes de nuestra era menudean en escenas alusivas a la lectura en silencio, al disfrute íntimo y personal del texto:

«Y cuando a bordo de la nave estaba yo leyendo la *Andrómeda* para mis adentros, un deseo sacudió de pronto mi corazón no sabes con qué fuerza»³¹,

prefigurando así el definitivo salto desde una poesía regida por las formas de la sociabilidad pública y los rituales religiosos en los que era cantada a otra gobernada por las reglas de la "institución literaria", reflejo de las transformaciones que se dieron en la época helenística y que tuvieron su punto de encuentro en el establecimiento de la biblioteca y el museo de Alejandría.³²

El texto, cuyos orígenes están en la composición oral, según se manifiesta en la estructura de los poemas homéricos,³³ encuentra sentido en el momento que hay lectores dispuestos a hacerlo suyo,³⁴ a partir del siglo IV. Así, «cuando a Platón», cuyo *Fedro* refleja esa tensión entre lo oral y lo escrito, «le llegó la hora de partir, a mediados del siglo IV, la musa griega había dejado atrás todo el mundo del discurso y del «saber» orales. Había aprendido de verdad a escribir, y a escribir en prosa; e incluso a escribir en prosa filosófica».³⁵

³⁰ ARISTÓFANES, *Las nubes. Las ranas. Pluto*, ed. de Francisco Rodríguez Adrados y Juan Rodríguez Somolinos, Madrid, Cátedra, 1995, p. 183.

³¹ ARISTÓFANES, *Las ranas*, vv. 52-54. Cfr. Aristófanes, *Comedias*, II. *Las nubes. Las avispas. Las tesmoforias. Las ranas*, ed. de Luis M. Macía Aparicio, Madrid, Ediciones Clásicas, 1993, p. 280. Más en general sobre la lectura en Grecia, Jesper SVENBRO, *Phrasikleia. Antropologie de la lecture en Grèce ancienne*, París, Éditions La Découverte, 1988, y su artículo, *La Grecia arcaica y clásica. La invención de la lectura silenciosa*, en G. CAVALLLO y R. CHARTIER (dirs.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid, Taurus, 1998 [*Storia della lettura nel mondo occidentale*, Roma-Bari, Laterza, 1995], pp. 57-93.

³² Cfr. Luciano CANFORA, *La biblioteca scomparsa*, Palermo, Sellerio editrice, 1995, 8ª ed.; C. JACOB y F. de POLIGNAC (comps.), *Alexandrie III^e siècle av. J.C. Tous les savoirs du monde ou le rêve d'universalité des Ptolémées*, París, Éditions Autrement, 1992; L. CANFORA, *La biblioteca e il museo*, en G. CAMBIANO, L. CANFORA y D. LANZA (dirs.), *Lo spazio letterario della Grecia Antica*, vol. II. *La produzione e la circolazione del testo*, t. II. *L'Ellenismo*, Roma, Salerno editrice, 1993, pp. 11-29; y Mustafá EL-ABBADI, *La Antigua Biblioteca de Alejandría. Vida y destino*, Madrid, UNESCO-Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría, 1994 [*Life and fate of the ancient Library of Alexandria*, UNESCO, 1990].

³³ Cfr. F. GONZÁLEZ GARCÍA, *A través de Homero. La cultura oral de la Grecia antigua*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago, 1991.

³⁴ Eric A. Havelock, *Prefacio a Platón*, Madrid, Visor, 1994 [*Preface to Plato*, Harvard University Press, 1963], p. 52.

³⁵ Eric A. Havelock, *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*, Barcelona, Paidós, 1996 [*The Muse Learns to Write. Reflections on Orality and Literacy from Antiquity to the Present*, New Haven-London, Yale University Press, 1986],

Por supuesto, esa relación de los lectores (y algunas lectoras) con el texto no es nunca unívoca, sino tan diversa como lo son los públicos que acceden al universo de la palabra escrita y las maneras que gobiernan esa relación. Los griegos lo hicieron a través del *volumen* o libro en rollo, mientras que la cultura romana desarrollará desde el siglo II un nuevo formato, el *codex*, antecedente del libro moderno, que se convertirá en el preferido para los escritores y los lectores cristianos, alcanzando su expresión técnica más estable y estándar en el siglo IV. Así, los manuscritos de la Biblia que se conservan del siglo II están vertidos en rollos de papiro, mientras que el 90% de esos y el 70% de los textos litúrgicos y hagiográficos de los siglos II al IV se encuentran ya en códices de pergamino. Diferente fue la situación de la producción griega, literaria o científica, pues fue solamente en los siglos III y IV cuando el número de códices igualó al de rollos.³⁶

El nuevo libro permitiría la reunión de varias obras en un mismo ejemplar, así como una relación más cómoda con el texto, favorecida por la paginación o la introducción de índices y tablas de concordancia, factores todos ellos que dinamizaron la legibilidad e, incluso, hicieron de los libros, merced a formatos más cómodos y manejables, experiencias de placer y compañeros de viaje, según leemos en uno de los *Epigramas* de Marcial:

«Tú que quieres llevar todos mis libritos contigo, y deseas tenerlos como compañeros de un viaje largo, compra los que en pequeñas páginas oprime el pergamino. Reserva las estanterías para las grandes obras; yo quepo en una sola mano. Para que no ignores dónde se venden mis libros y no vayas errando por la ciudad en su busca, siendo yo tu guía irás seguro. Pregunta por Segundo, el liberto del docto Lucense, detrás del templo de la Paz y del Foro de Palas».³⁷

La sustitución del *volumen* por el *codex* suponía una revolución en las modalidades del leer, pero inicialmente no garantizaba su mayor extensión social. De hecho, el mismo códice «antaoño elegido como humilde portador del nuevo mensaje» entre las primeras comunidades cristianas, al término del mundo antiguo acabó

p. 156.

³⁶ A. BLANCHARD (comp.), *Les débuts du codex*, Brepols, Turnhout, 1989; Robert MARICHAL, *Du volumen au codex*, en Henri-Jean MARTIN y Jean VEZIN (dirs.), *Mise en page et mise en texte du livre manuscrit*, París, Éditions du Cercle de la Librairie - Promodis, 1990, pp. 45-54; y los siguientes artículos de Guglielmo CAVALLLO, *Testo, libro, lettura*, en G. CAVALLLO, Paolo FEDELI y Andrea GIARDINA (dirs.), *Lo spazio letterario di Roma antica*, vol. II. *La circolazione del testo*, Roma, Salerno, 1989, pp. 307-341, *Libro e cultura scritta*, en *Storia di Roma*, vol. IV. *Caratteri e morfologie*, Turín, Einaudi, 1989, pp. 693-734, y *Entre el volumen y el codex. La lectura en el mundo romano*, en G. CAVALLLO y R. CHARTIER (dirs.), *Historia de la lectura*, cit., pp. 95-133.

³⁷ MARCIAL, *Epigramas*, edición de José Guillén, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1986, I, 2, p. 60.

convirtiéndose en un «costoso objeto de ostentación»,³⁸ en el símbolo de la autoridad alcanzada por un texto sometido al criterio de la jerarquía e indiscifrable para la mayoría analfabeta. De la mano de la Iglesia, reconocida y protegida por el edicto de Constantino y Licinio, el código fue perdiendo su finalidad lectora para erigirse en el Libro con mayúsculas, la Biblia. La misma iconografía muestra el paso del libro abierto, representación de un texto accesible a todas las personas capaces de leer, al libro cerrado, símbolo de un texto-dogma leído y explicado por la minoría letrada, mayoritariamente eclesiástica.³⁹ En ese ambiente triunfa un modelo de libro, ejemplificado por los *rotuli* o la serie de los *Beatos*, destinado más a ser visto que leído, acaso un paralelismo premonitorio de la contemporánea primacía de la imagen.

Por eso mismo, el libro monástico, copiado primorosamente en los *scriptoria*, es un libro hierático, precioso, monumental, un objeto-símbolo antes que un punto de encuentro con los lectores.⁴⁰ Encarna la verdad revelada y ésta solamente está al alcance de los intermediarios investidos por la Iglesia. El signo escrito se recluye en los claustros y niega su contenido a la mayoría, crece el analfabetismo y la cultura escrita restringe sus utilidades fuera de las que competen al orden religioso y al poder político.

Tras el fenómeno altomedieval de la «ecclesializzazione della scrittura»,⁴¹ los siglos XI y XII inauguran una nueva sociedad del escrito y del escribir, una época en la que se produjo una significativa ampliación de los usos de la escritura, se acuñaron nuevos conceptos de lectura y salieron al mercado varios tipos de libros destinados a satisfacer las demandas de viejos y nuevos lectores. Todo ello, favorecido por la extensión de una materia escritoria más accesible y económica, el papel, y la difusión, entre los siglos X y XII, con ciertos precedentes insulares en el siglo VII,

³⁸ G. CAVALLLO, *Libros y público a fines de la Antigüedad*, en ID. (dir.), *Libros, editores y público en Mundo Antiguo. Guía histórica y crítica*, Madrid, Alianza Editorial, 1995 [*Libri, editori e pubblico nel Mondo Antico. Guida storica e critica*, Roma-Bari, Laterza, 1975; 1984, 3ª ed. rev.], pp. 109-168: 147.

³⁹ Armando PETRUCCI, *La concezione cristiana del libro fra VI e VII secolo*, «Studi medievali», 3ª serie, XIV, 1973, pp. 961-984. Publicado también en G. CAVALLLO (ed.), *Libri e lettori nel Medioevo. Guida storica e critica*, Roma-Bari, Laterza, 1977 («Universale Laterza») y 1989 («Biblioteca Universale Laterza»; 296), pp. 3-26, especialmente pp. 10-13, que es la edición que manejo.

⁴⁰ Franco ALESSIO, *Conservazione e modelli di sapere nel Medioevo*, en Pietro ROSSI (ed.), *La memoria del sapere. Forme di conservazione e strutture organizzative dall'Antichità a oggi*, Roma-Bari, Laterza-Seat, 1988, pp. 99-133: 106.

⁴¹ Sobre el particular, véase A. PETRUCCI, *La scrittura. Ideologia e rappresentazione*, Turín, Einaudi, 1986², pp. 3-5 (para el proceso en general) y del mismo autor *Le scritture ultime. Ideologia della morte e strategie dello scrivere nella tradizione occidentale*, Turín, Einaudi, 1995. p. 50 (para la epigrafía funeraria en particular). Además de las ideas que expone en A. PETRUCCI, *Medioevo da leggere. Guida allo studio delle testimonianze scritte del Medioevo italiano*, Turín, Einaudi, 1992 y las investigaciones concretas que se reúnen en A. PETRUCCI y Carlo ROMEO, «*Scriptores in urbis*». *Alfabetismo e cultura scritta nell'Italia altomedievale*, Bolonia, il Mulino, 1992.

de una nueva "gramática de la legibilidad", según se refleja en la normalización gráfica de la separación de palabras, el perfeccionamiento de la puntuación o los dispositivos encaminados a realzar determinadas letras, palabras o textos. Todo ello permite y se resuelve en un trato distinto entre la obra y los lectores, cuyo paradigma de lectura se plasma en el modelo escolástico o universitario, primero circunscrito al espacio académico y luego divulgado entre los lectores cultos de la baja edad media.⁴²

A lo largo de ésta, el signo escrito rebasa las fronteras del monasterio y de la iglesia, y busca sus referencias en una cultura de significado más laico. El escrito sale del interior de los templos y explora nuevas posibilidades en el renacido teatro de la ciudad, allí donde acuden los artesanos y comerciantes, entre los que se encuentran los nuevos usuarios del mensaje escrito. Su interés y preocupación por adquirir las competencias elementales de la lectura y de la escritura, a lo que responde un paisaje educativo más rico y variado, es lo que explica que un comerciante de la ciudad francesa de Huy confiara su hijo a la abadía de Villers-en-Brabant, en 1128, con el propósito de que «aprendiese a llevar las cuentas de los negocios y deudas de sus padres».⁴³

Al hilo de una mayor alfabetización y una vinculación más intensa con lo escrito, el texto recupera su visibilidad y se hace "agente de la civilización urbana" desde las más diversas superficies expuestas. Los textos siguen siendo pregonados, recitados o cantados, pero también empiezan a florecer en los muros, donde se hace visible el *parlare* en vulgar.⁴⁴ El ascenso de la escritura vernácula, tanto en la práctica oficial como en el ámbito privado o en el espacio de la textualidad literaria, conecta con la emergencia de públicos lectores que se reconocen en esa lengua y se aproximan al universo de la palabra escrita por medio de formatos librarios más

⁴² En relación con estos aspectos, cfr. Paul SAENGER, *Silent Reading: Its Impact on Late Medieval Script and Society*, «Viator. Medieval and Renaissance Studies», 13 (1982), pp. 367-414 y ahora más ampliamente su libro *Space between Words. The Origins of Silent Writing*, Stanford University Press, 1997. Armando PETRUCCI, *La lectura en la Edad Media*, «Irraggi», 1 (1988), pp. 293-315 [Antes en «Mélanges de l'École Française de Rome. Moyen-Âge et Temps Modernes», 96 (1984), pp. 603-616]; P. SAENGER, *The Separation of Words and the Order of Words: The Genesis of Medieval Reading*, «Scrittura e Civiltà», XIV (1990), pp. 49-74; Ivan ILLICH, *Du lisible au visible: la naissance du texte. Un commentaire du "Didascalicon" de Hugues de Sain-Victor*, París, Les Éditions du Cerf, 1991; y Jacqueline HAMESSE, *El modelo escolástico de la lectura*, en G. CAVALLI y R. CHARTIER (dirs.), *Historia de la lectura*, cit., pp. 157-185.

⁴³ Henri PIRENNE, *L'instruction des marchands au Moyen Âge*, «Annales d'Histoire Économique et Sociale», 1 (1929), p. 20. Cita Carlo Maria CIPOLLA, *Educación y desarrollo en Occidente*, Barcelona, Ariel, 1970 [*Literacy and development in the west*, Harmondsworth, Penguin, 1969], p. 47.

⁴⁴ Cfr. Francesco SABATINI, Sergio RAFFAELLI y Paolo d'ACHILLE, *Il volgare nelle chiese di Roma. Messaggi graffiti, dipinti e incisi dal IX al XVI secolo*, Roma, Bonacci Editrice, 1987, y Claudio CIOCIOLA (ed.), «Visibile parlare». *Le scritture esposte nei volgari italiani dal Medioevo al Rinascimento*, Nápoles, Edizioni Scientifiche Italiane, 1997.

cómodos y manejables, particularmente el llamado libro popular o *da bisaccia* (libro de alforja, faldriquera o de bolsillo).⁴⁵

Considerada esa trayectoria, el período que se abre en la segunda mitad del siglo XV,⁴⁶ con la imprenta de por medio, podría considerarse como una intensificación de las tendencias apuntadas desde el XII. La imprenta, sin duda alguna, permitió el abaratamiento de la producción, el aumento de las tiradas o la homogeneización del texto, de relevantes consecuencias para la Reforma y la Contrarreforma,⁴⁷ o el desarrollo de la ciencia moderna y la psicología racionalista;⁴⁸ pero no se puede decir, como hizo McLuhan, que creara al lector moderno.⁴⁹ En cuanto a las modalidades de la lectura no introdujo ninguna novedad significativa que no se hubiera anticipado en el tardo medievo. Valoración distinta es la que merece que el mismo texto fuera conocido por muchas personas o que las prensas manuales permitieran la masiva puesta de largo de impresos de larga circulación (pliegos de cordel, *chap-books*, *canards*, ocasionales, etc.), cuyas amplias tiradas señalan la condición de una posibilidad: que el número de eventuales lectores y lectoras fuera más amplio del que indican las estadísticas al uso.⁵⁰

En el tiempo de la *civilización escrita* moderna, el siglo de la Ilustración traza una ruptura, más bien una crisis de crecimiento. La importancia atribuida a la instrucción establece las bases de una acentuada *necesidad de escribir* que

⁴⁵ Cfr. Armando PETRUCCI, *Alle origini del libro moderno. Libri da banco, libri da bisaccia, libretti da mano*, «Italia medioevale e umanistica», XII (1969), pp. 295-313. Publicado también en A. PETRUCCI (ed.), *Libri, scrittura e pubblico nel Rinascimento. Guida storica e critica*, Roma-Bari, Laterza, 1979, pp. 137-156.

⁴⁶ Una aproximación general en Fernando J. Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca. La civilización escrita europea en la alta edad moderna (Siglos XV-XVII)*, Madrid, Síntesis, 1992. Su verificación en un microcosmos más específico en mi libro *Escrituras y escribientes. Prácticas de la cultura escrita en una ciudad del Renacimiento*, Las Palmas de Gran Canaria, Gobierno de Canarias-Fundación de Enseñanza Superior a Distancia, 1997.

⁴⁷ Jean-François GILMONT, *Reformas protestantes y lectura* y Dominique JULIA, *Lecturas y Contrarreforma*, ambos en G. CAVALLLO y R. CHARTIER (dirs.), *Historia de la lectura*, cit., pp. 329-365 y 367-412.

⁴⁸ Elizabeth L. EISENSTEIN, *La revolución de la imprenta en la Edad Moderna europea*, Madrid, Akal, 1994 [*The Printing Revolution in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1980; versión abreviada de *The Printing Press as an Agent of Change. Communications and Cultural Transformations in Early Modern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979]; y también David R. Olson, *El mundo sobre el papel*, cit., caps. 8 y 10.

⁴⁹ Marshall McLUHAN, *La galaxia Gutenberg. Génesis del «Homo typographicus»*, Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1993 [*The Gutenberg Galaxy*, Toronto, University of Toronto Press, 1962], p. 196.

⁵⁰ Un estado de la cuestión sobre este tipo de productos impresos, en R. CHARTIER y Hans-Jürgen LÜSEBRINK (dirs.), *Colportage et lecture populaire. Imprimés de large circulation en Europe, XVI-XIX^e siècles. Actes du colloque des 21-24 avril 1991*, Wolfenbüttel, París, IMEC Éditions-Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1996.

comprende, por ejemplo, el papel desempeñado por la cultura impresa (libros, periódicos, panfletos, etc.) en la formación de estados de opinión y el estallido de las revoluciones contemporáneas,⁵¹ la penetración de la escritura en el ámbito privado y popular (libros de cuentas, cartas, diarios, postales, etc.)⁵² e incluso la progresiva normalización de una escritura del espacio urbano (avisos públicos, toponomástica y numeración civil).⁵³ Por otro lado, el desarrollo de las gacetas semanales y los periódicos diarios marcan un giro en la historia de la lectura, el paso de un leer intensivo, concentrado sobre un número reducido de obras, releídas y anotadas, a un leer extensivo, que acumula las lecturas y presta menor atención al texto pero también desarrolla una distancia crítica respecto de la autoridad. Esta modalidad es la propia, claro está, de un tiempo que mostró una cierta "manía lectora", practicada todavía y fundamentalmente por esas minorías letradas que integraron los salones literarios o los gabinetes de lectura.⁵⁴

Si, a principios del siglo XVII, el Leonelo de *Fuenteovejuna* se mostraba perplejo ante tanto letreros como hallaba a su paso (acto II, escena 2ª) y *Don Quijote* gustaba de leer hasta los papeles rotos de la calle (I, 9), qué no hubieran dicho o hecho de vivir en el siglo XIX. Las mejoras en los instrumentos de escritura y la mecanización del arte de imprimir van a permitir una exorbitante difusión de lo escrito, que encuentra mayor sentido en una sociedad encaminada a la alfabetización de masas, al menos en ciertos países europeos. Como consecuencia de ello nacen nuevos usuarios de la escritura,⁵⁵ nuevos públicos y, con ellos, géneros editoriales y

⁵¹ A título de muestra, R. CHARTIER, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995 [*Les origines culturelles de la Révolution Française*, Duke University Press, 1991] y, más en síntesis, *Representaciones y prácticas. Revolución y lectura en la Francia del siglo XVIII*, en su libro *Sociedad y escritura*, cit., pp. 93-117. Igualmente pueden leerse las reflexiones de Sidney Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Editorial, 1997 [*Power in Movement*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994], pp. 93-115.

⁵² Madeleine FOISIL, *La escritura del ámbito privado*, en Ph. ARIÈS - G. DUBY (dir.), *Historia de la vida privada*, 5. *El proceso de cambio*, Madrid, Taurus, 1991 [Ed. original: París, Éditions du Seuil, 1985], pp. 331-369.

⁵³ Cfr. Daniele MARCHESINI, *Una città e i suoi spazi scritti: Parma, secoli XVIII-XIX*, «Storia Urbana», 34 (1986), pp. 43-68 y su libro *Il bisogno di scrivere. Usi della scrittura nell'Italia moderna*. Roma-Bari, Laterza, 1992, especialmente el capítulo II: "Il valore sociale della scrittura".

⁵⁴ Reinhard WITTMANN, ¿Hubo una revolución en la lectura a finales del siglo XVIII?, en G. CAVALLO y R. CHARTIER (dirs.), *Historia de la lectura*, cit. pp. 435-472.

⁵⁵ Una breve introducción al tema en Antonio GIBELLI, *Popular writing in the 19th and 20th centuries*, en Clotilde PONTECORVO y Claire BLANCHE-BENVENISTE (eds.), *Proceedings of the Workshop on Orality versus Literacy: Concepts, Methods and Date*, Siena, Italy, 24-26 september 1992, Estrasburgo, European Science Foundation, 1993, pp. 255-270. Asimismo como aproximación al complejo panorama del siglo XX, véase A. PETRUCCI, *Scrivere e no. Politiche della scrittura e analfabetismo nel mondo d'oggi*, Roma, Editori Riuniti, 1987, y ciertos aspectos de Daniel FABRE (ed.), *Ecritures ordinaires*, París, Bibliothèque Publique d'Information-Centre Georges Pompidou, 1993 y,

modalidades textuales destinadas a atender las apetencias lectoras de mujeres, niños y obreros.⁵⁶ Valga como botón de muestra de esos nuevos lectores y espacios de lectura, la siguiente evocación que Ramiro de Maeztu hacía en 1908 de sus trabajos como lector en una fábrica de tabacos en La Habana en 1893:

«Mientras los obreros torcían los cigarros en un salón de atmósfera asfixiante, el cronista les leía durante cuatro horas diarias, a veces libros de propaganda social, a veces dramas, a veces novelas, a veces obras de filosofía y vulgarización científica. Generalmente los libros que se habían de leer era elegidos por un Comité de lectura, porque los tabaqueros, no los patronos, pagaban directamente al lector lo que querían, unos, cinco centavos: otros, un peso, al cobrar sus jornales los miércoles y los sábados. A veces el Comité aceptaba las sugerencias del lector.

»El cronista se pasaba algunas noches traduciendo libros extranjeros y apuntando en el margen las palabras que no comprendía, previa consulta al diccionario. Y así recuerda haber leído obras de Galdós, de D'Annunzio, de Kipling, de Schopenhauer, de Kropotkin, de Marx, de Sudermann.

»Un día, apenas comenzada la lectura, observó que algunos oyentes dejaban el trabajo para escuchar mejor, y a los pocos minutos no volvió a oírse ni el chasquido de las chavetas al recortar las puntas del tabaco. En las dos horas que duró la lectura no se oyó ni una tos, ni un crujido. Los cuatrocientos hombres que había en el salón oyeron todo el tiempo con el aliento reprimido. Era en La Habana, en pleno trópico, y el público se componía de negros, de mulatos, de criollos, de españoles; muchos no sabían ni leer siquiera; otros eran ñáñigos. ¿Qué obra podía emocionar tan intensamente a aquellos hombres? *Hedda Gabler*, el maravilloso drama de Ibsen. Durante dos horas vivieron aquellos hombres la vida de aquella mujer demasiado enérgica para soportar la respetabilidad y el aburrimiento, demasiado cobarde para aventurarse a la bohemia y a la incertidumbre... Nunca disfrutó Ibsen en Cristianía de público más devoto y recogido».⁵⁷

del mismo, (ed.) *Par écrit. Ethnologie des écritures quotidiennes.*, París, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1997.

⁵⁶ Martyn LYONS, *Los nuevos lectores del siglo XIX: Mujeres, niños, obreros*, en G. CAVALLLO y R. CHARTIER (dirs.), *Historia de la lectura*, cit., pp. 473-517. Además me remito a las investigaciones más concretas de Manuela D. DOMINGOS, *Estudos de sociologia da cultura. Livros e Leitores do Século XIX*, Lisboa, Instituto Português do Ensino a Distância, 1985 y la antología de Jean-François BOTREL, *Libros, prensa y lectura en la España del siglo XIX*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1993.

⁵⁷ Esta pieza pertenece a su artículo "*Juan José*" en Londres, publicado en *La correspondencia de España*, Madrid, 14 de agosto de 1908. Luego ha sido recogido, con el título *Recuerdos cubanos a propósito de "Juan José" en Londres*, en R. DE MAEZTU, *Autobiografía*, Madrid, Editora Nacional, 1962, pp. 53-60: 59-60, que es la edición que manejo. Este y otros fragmentos sobre la difusión de la lectura entre la clase obrera merecieron la atención de José-Carlos MAINER, en un artículo ya clásico, *Notas sobre la lectura obrera en España (1890-1930)*, publicado en 1977 y después, ampliado, en su libro *La doma de la quimera (Ensayos sobre nacionalismo y cultura en España)*, Bellaterra, Universitat

El signo escrito trazaba el camino de su "democratización", sobre todo en el llamado mundo occidental, de manera que el siglo XIX y, en particular, el XX se pueden considerar como la época en la que se ha generalizado la alfabetización lecto-escritora, vinculada estrechamente a la implantación de la escuela pública. Por supuesto, tales apreciaciones exigen matización. Según los datos de la UNESCO sobre el analfabetismo de la población adulta (15 años o más) en 1990, la situación contrasta claramente entre el 35% que se alcanza en los países en vías de desarrollo -los puntos extremos, respectivamente, en el 53% de Asia del Sur y África Subsahariana y el 15% de América Latina y el Caribe- y el 4% en los países desarrollados. Aún así, apunta Daniel Wagner, haría falta entrar en datos más concretos por cuanto determinados países en desarrollo ofrecen tasas equiparables a las de algunas regiones industrializadas. Pone el ejemplo de Portugal con un analfabetismo estimado para el año 1990 del 15%, el mismo que se constata para América Latina y el Caribe.⁵⁸

Llegados a este punto, no puedo soslayar que otro de los ingredientes que condimenta la más reciente historia social de la cultura escrita es el llamado retorno al iletrismo, la vuelta al neanalfabetismo o el ascenso alarmante de los analfabetos secundarios. Es decir, personas que han adquirido la competencia básica de escritura y lectura; pero que, por falta de uso, se muestran incapaces de desarrollar sus ideas por escrito e incompetentes a la hora de resumir los contenidos de un texto previamente leído. Según Antonio Viñao, «sin capacidad de reacción, reflexión o sentido crítico e imaginativo frente a la sobreinformación repetitiva y banal de la cultura audiovisual y escrita».⁵⁹ En este sentido, el informe *Cambios de hábitos en el uso del tiempo, trayectorias temporales de los jóvenes españoles*, realizado por los sociólogos Josune Aguinaga y Domingo Comas y presentado al Instituto de la Juventud a finales de 1997, constataba que un 96% de los varones y mujeres con edades entre los 14 y 24 años destinaba tres horas diarias a ver la televisión, mientras que sólo el 16% de los varones y el 20% de las mujeres declaraba leer libros, con un promedio de algo menos de dos horas al día.⁶⁰ Datos que explicitan la matriz

Autònoma de Barcelona: Escola Universitaria de Traductors i Interprets, 1988, pp. 20-21.

⁵⁸ La exhaustiva explotación e interpretación de las estadísticas de la UNESCO sobre el alfabetismo/analfabetismo mundial entre 1970 y el año 2000 se puede ver en Daniel A. WAGNER, *Alfabetización: Construir el futuro*, UNESCO: Oficina Internacional de Educación: Instituto Internacional de Alfabetización, 1998, especialmente el cap. II: "El alfabetismo en el mundo contemporáneo", pp. 29-58.

⁵⁹ A. VIÑAO FRAGO, *Historia de un largo proceso*, «Cuadernos de Pedagogía», Monográfico: "Contra los analfabetismos", nº 179 (marzo 1990), pp. 45-50: 50.

⁶⁰ *El País*, jueves 7 de mayo de 1998, p. 26. Estos datos contrastan con los de otra encuesta del mismo año en la que el porcentaje de jóvenes -en este caso hasta los 29 años- que leen libros en sus ratos libres es del 63% y el 31% los que ven la televisión tres o más horas al día, aunque el procedimiento seguido

audiovisual de los hábitos y prácticas culturales en la actualidad, certificado también por la *Encuesta de equipamientos, prácticas y consumos culturales de los españoles. 1990* (Ministerio de Cultura, 1991), según la cual el 98,7% de los hogares españoles disponían entonces de receptor de televisión, mientras que 14,5% de los mismos no tenían ni un solo libro.⁶¹

No obstante, en opinión de Nuria Amat, las nuevas tecnologías informáticas no han producido la muerte de la escritura, más bien lo contrario, una auténtica «explosión catártica». De hecho llevan camino de romper la mudez escrita instaurada, a nivel privado, por el teléfono. El fax, los sistemas de viodeotexto, el correo electrónico y los grupos de discusión a través de la telaraña digital, entre otras expresiones de la ciberescritura, parecen efectivamente confirmar esa persistente saturación, de modo que «la escritura alfabética en pantalla electrónica no sólo está lejos de ser anulada por el mundo exclusivo de la imagen, sino que parece encontrarse en el momento más revolucionario de su evolución».⁶²

De todos modos, sin pretender pasar por un *ludita* informático ni reproducir las prevenciones ante la nueva tecnología comunicativa que Platón sostuvo respecto de la escritura en el siglo V antes de nuestra era o Filippo di Strata en relación a la imprenta en el paso del XV al XVI, tampoco creo que debamos lanzarnos sin paracaídas y ensalzar sin crítica el mundo digital. Las nuevas tecnologías es posible que hayan recuperado ciertas prácticas escritas, antes ejecutadas sobre papel y ahora en la pantalla de un ordenador, básicamente entre las personas inmersas en el universo de la escritura; pero también algunas de ellas incorporan una merma del lenguaje escrito, crecientemente reemplazado por sistemas logográficos y simbólicos, así como por el empleo galopante de siglas, acrónimos y abreviaturas.⁶³

A las puertas del siglo XXI, la cultura escrita, nacida como un signo complejo, negado a la mayoría social y estrechamente vinculado al poder y a la memoria de éste, busca su nuevo destino en el horizonte de posibilidades que le ofrece la red digital. Nuevas maneras de escribir y pensar, nuevos conceptos del libro

no ha sido el mismo en ambos estudios. Cfr. Amando de MIGUEL e Isabel PRATS (dirs.), *Los españoles y los libros. Hábitos y actitudes hacia el libro y la lectura*, Madrid, Confederación Española de Gremios y Asociaciones de Libreros (CEGAL), 1998, pp. 28-32 ("Ocupación del tiempo libre").

⁶¹ Cfr. Alfonso SANZ ALDUÁN, *El libro como industrial cultural. Entre la economía y el ámbito cultural*, «Telos. Cuadernos de Comunicación, Tecnología y Sociedad», 35 (1993), pp. 71-80: 73.

⁶² Nuria AMAT, *El libro mudo. Las aventuras del escritor entre la pluma y el ordenador*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994, respectivamente pp. 12 y 22.

⁶³ Elisa RUIZ, *Hacia una semiología de la escritura*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1992, p. 279.

y de la lectura,⁶⁴ incluso la condición de una eventualidad soñada en otros momentos de la historia: la borgiana biblioteca universal, la biblioteca sin muros;⁶⁵ pero también nuevas dudas e incertidumbres. No ya las generadas propiamente por Internet, más bien las que nacen de la hegemonía audiovisual de la cultura más contemporánea. Como ha puesto de relieve Giovanni Sartori, el problema, o parte de él, tal vez no esté en saber si Internet va a producir o no un crecimiento cultural, sino en la sustitución de la palabra por la imagen en la enseñanza, de la escuela por la televisión. Porque, cuando los niños y las niñas, educados con la televisión, llegan a Internet, lo hacen sin recursos para la abstracción. Por lo tanto, serán incapaces de utilizar la información desparramada por la Babel virtual. Ahí es donde interviene la forma que adoptan los procesos de aprendizaje y la responsabilidad de los maestros y de las maestras que los tutelan; pero tanto o más, el valor y la importancia que los padres y la sociedad atribuyen a la cultura escrita. Sin alarmismos, quisiera reiterar una de las conclusiones a las que llega el profesor italiano en su análisis de esta sociedad teledirigida:

«Pero aunque no desespero, tampoco quiero ocultar que el regreso de la incapacidad de pensar (el postpensamiento) al pensamiento es todo cuesta arriba. Y este regreso no tendrá lugar si no sabemos defender a ultranza la lectura, el libro y, en una palabra, la cultura escrita».⁶⁶

4. ESCRITURA, GÉNERO Y CLASE SOCIAL

Acceder al universo de la palabra escrita comporta entrar en contacto con un código de comunicación secularmente restringido y minoritario, que, desde su intervención en el escenario de la historia, introdujo la ruptura de la igualdad comunicativa propia de las culturas de tradición oral, relevándola por una dicotomía, no excluyente, entre los sistemas asentados en la voz y la imagen, susceptibles de una apropiación masiva, y la escritura, instrumento de

⁶⁴ Véase A. PETRUCCI, *Leer por leer: un porvenir para la lectura*, en G. CAVALLO y R. CHARTIER (dirs.), *Historia de la lectura*, cit., pp. 519-549, y Geoffrey NUNBERG (compilador), *El futuro del libro. ¿Esto matará eso?*, Barcelona, Paidós, 1998 [*The Future of the Book*, Turnhout, Brepols, 1996].

⁶⁵ R. CHARTIER, *Bibliotecas sin muros*, en su obra *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona, Gedisa, 1994 [*L'ordre des livres. Lecteurs, auteurs, bibliothèques en Europe entre XIV^e et XVIII^e siècle*, París, Éditions ALINEA, 1992], pp. 69-89, así como el *Epílogo*, pp. 90-91. Igualmente merece la pena recorrer sus reflexiones sobre el libro, la lectura, su historia y las nuevas tecnologías en R. CHARTIER, *Le livre en révolutions*, cit.

⁶⁶ G. SARTORI, *Homo videns. La sociedad teledirigida*, Madrid, Taurus, 1998 [*Homo videns*, Roma-Bari, Laterza, 1997], p. 149.

una relación más aristocrática. Todavía en una novela reciente, *El lector* del alemán Bernhard Schlink (1995), Hanna, la protagonista, acusada, junto con otras cuatro mujeres por los crímenes cometidos mientras eran guardianas de un campo de concentración nazi, se muestra incapaz de reconocer su analfabetismo, rechaza la prueba caligráfica y asume la autoría de un informe que determina su condena a cadena perpétua: «-No hace falta que llamen a ningún experto. Confieso que el informe lo escribí yo».⁶⁷ La condición de analfabeta marcó la vida de Hanna, y por ello, ya en la cárcel, dedicó sus días a aprender a leer y a escribir. El escrito ejerce la verdad de su poder: acredita la propiedad del delito y decide la naturaleza de la pena, como también podría haber servido para reducir la gravedad del castigo.

Dejando el testimonio donde la novela lo quiere, la sustancia de la escritura reside en su propiedad a la hora de objetivar el pensamiento y aprehender la realidad. En su aptitud para atrapar la voz, rescatarla de su inmanente fugacidad y colocarla en otras dimensiones de espacio y tiempo. Como ha escrito Emilio Lledó, siempre tan brillante en sus meditaciones sobre la escritura:

«Liberada de esa atadura al aliento de la vida; inmovilizada en papiros, pergaminos, papeles, la palabra humana, conservada a través de unos rasgos, siempre presentes y absolutamente separados de una garganta o una boca humanas sometidas al inexorable ritmo de los días, alcanzará como escritura una forma nueva de vida y de pervivencia, independiente ya del limitado tiempo que el destino dio a cada hombre que habla».⁶⁸

Como se ve, la escritura posibilita otro tipo de relación con el conocimiento y la experiencia, personal o colectiva; aporta los mimbres para una memoria de corte diferente. Con todas las matizaciones que se anuncian en el *Fedro* de Platón, compuesto cuando la musa estaba aprendiendo a escribir sin dejar de hablar, las letras, según relata el personaje de Sócrates, se habían inventado «como un fármaco de la memoria y de la sabiduría». Opinión del dios egipcio Theuth que no compartía el rey Thamus, mostrando así las oscilaciones propias de una época que se movía entre el peso de la tradición oral y la novedad del mensaje escrito. Éste permitía ordenar el mundo de una manera más explícita y someterlo a la lógica gráfica, a la vez que trastocaba el concepto mismo de temporalidad y, por lo tanto, la noción de

⁶⁷ B. SCHLINK, *El lector*, Barcelona, Anagrama, 1997 [*Der Vorleser*, Zurich, Diogenes Verlag, 1995], p. 121.

⁶⁸ E. LLEDÓ, *Literatura y crítica filosófica*, ahora en su libro *Imágenes y palabras. Ensayos de humanidades*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 204-234: 209-210 [Publicado anteriormente en José M^a Díez BORQUE (ed.), *Métodos de estudio de la obra literaria*, Madrid, Taurus, 1985].

historia, dotando a ésta de la voz que le falta cuando solamente disponemos de monumentos o restos no escritos.⁶⁹

En tales razonamientos, el texto escrito se presenta como la medicina más efectiva contra la amnesia, como la píldora más eficaz para que el pensamiento se fije y se preserve, al modo de lo que el libro significa para Abu Taher en la novela *Samarcanda* del escritor libanés Amin Maalouf:

«Guarda ese libro [le dice al poeta Omar Jayyám]. Cada vez que un verso tome forma en tu mente y se acerque a tus labios intentando salir, reprímelo sin consideraciones, pero escríbelo en estas hojas que permanecerán en secreto. Y mientras escribas piensa en Abu Taher».⁷⁰

A través de la fijación escrita, la memoria trasciende la fragilidad del presente y se inscribe en el tiempo de la historia. Se hace memoria larga y viva, capaz de materializar la palabra y dar cuerpo a la naturaleza etérea del sonido para luego poder apropiarlo y representarlo en otro lugar y en otro momento. Por ello mismo, cuando Hammurabi decide poner sus leyes por escrito no manda que se haga sobre una estela de basalto para la sola difusión entre sus súbditos, sino también porque pensaba en el futuro y buscaba consolidar una determinada imagen de su poder:

«Soy el rey que sobresale entre los reyes. Mis palabras son de lo más escogido, mi inteligencia no tiene igual. Por mandato de Shamash, el gran juez de los cielos y de la tierra, pueda mi justicia resplandecer en el país. Por disposición de Marduk, mi señor, que mis escritos no sean destruidos. Pueda en el Esagila, que yo amo, ser pronunciado mi nombre eternamente con veneración».⁷¹

Tal atribución es la que fundamenta muchos de los usos y controles que los aparatos de poder y las élites sociales han ejercido sobre los universos escritos,

⁶⁹ *Ibidem*, p. 226. En relación al mito platónico de la escritura, procede remitirse a los ensayos de Emilio LLEDÓ, *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona, Crítica, 1992 (Círculo de Lectores, 1994), determinados aspectos de *El silencio de la escritura*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1992 (Espasa Calpe, 1998), del mismo autor; y al texto de Thomas A. SZFEZÁK, *Leer a Platón*, Madrid, Alianza Editorial, 1997 [*Come leggere Platone*, Milán, Rusconi, 1997], cap. 12, "La crítica de la escritura en el *Fedro*", pp. 63-72.

⁷⁰ A. MAALOUF, *Samarcanda*, Madrid, Alianza Editorial, 1993, 10 reimpr. [*Samarcande*, Éditions Jean-Claude Lattès, 1988], p. 24.

⁷¹ *Código de Hammurabi*, edición preparada por Federico Lara Peinado, Madrid, Editora Nacional, 1982, p. 124.

resueltos, por ejemplo, en la elaboración de una historia oficial, la destrucción de papeles comprometidos, la reiterada quema de libros o la persecución, encarcelamiento y asesinato de escritores y escritoras, pero también la que explica las violencias contra lo escrito que han acompañado algunas protestas y revueltas populares.⁷² Anulando lo escrito se silencia la memoria de los hechos y se sientan las bases para levantar otra memoria, para escribir otra historia. Por boca del historiador Milan Hübl, bien claro lo dice Milan Kundera en *El libro de la risa y el olvido* (1978), cuyas páginas reflejan la atmósfera de la Checoslovaquia invadida por los tanques rusos:

«- Para liquidar a las naciones -decía Hübl-, lo primero que se hace es quitarles la memoria. Se destruyen sus libros, su cultura, su historia. Y luego viene alguien y les escribe otros libros, les da otra cultura y les inventa otra historia. Entonces la nación comienza lentamente lo que es y lo que ha sido. Y el mundo circundante lo olvida aún mucho antes [...]».⁷³

Claro que la posibilidad de formar esa memoria también ha estado determinada por las condiciones que han regido el acceso a la escritura, toda vez que la singladura de lo escrito, iniciada con los signos cuneiformes de las tablillas de arcilla y cerrada (es un decir) con la escritura virtual navegando por la Red, no ha sido ni lineal ni progresiva. Más bien, ha estado definida por la hegemonía de ciertas minorías, políticas, religiosas o culturales, frente a una mayoría subalterna y analfabeta. La historia social de la cultura escrita está marcada por las mismas jerarquizaciones y discriminaciones que afectan al proceso global del devenir humano.

Aunque no siempre, la complejidad de los sistemas gráficos tiene mucho que ver con los discursos sociales sobre el escribir; esto es, con la importancia que se da a la extensión de la alfabetización. A veces, la conservación de escrituras complejas es una manera de restringir el acceso al conocimiento, ya sea con un carácter general, como en las sociedades del Próximo Oriente Antiguo, en China o durante la alta edad media europea; o bien con un sentido más selectivo, como corresponde a los lenguajes cifrados o a las variantes gráficas adoptadas por determinadas profesiones. Sin duda, muchas de esas restricciones tienen que ver con el poder inherente a la

⁷² Centrado en los libros pero igualmente con algunas observaciones sobre la destrucción de documentos, Leo LÖWENTHAL, *I roghi dei libri. L'eredità di Calibano*, Genova, il melangolo, 1991 [*Calibans Erbe*, Frankfurt-Main, Suhrkamp Verlag, 1984] y Francisco M. GIMENO BLAY, *Quemar libros... ¡qué extraño placer!*, València, Episteme, s.l. (Eutopías/Documentos de trabajo; 104), 1995.

⁷³ Milan KUNDERA, *El libro de la risa y del olvido*, Barcelona, Seix Barral, 1988⁶ [*Kniba smichu a zapomnini*, 1978], pp. 227-228.

razón gráfica y su virtualidad como instrumento de opresión, proyectado como arma arrojadiza contra las culturas de tradición oral o ejercido como forma de aculturación imperialista.⁷⁴

Mantener vedado o vigilado el ingreso en la cultura de lo escrito es una manera de explicitar las jerarquías sociales y hacer del texto un dispositivo reproductor de las mismas. De ahí, por ejemplo, la inaccesibilidad de los libros en la alta edad media europea, las prohibiciones impuestas respecto a los textos ceremoniales en Egipto y Mesopotamia, el monopolio brahmánico sobre el estudio del Veda en la India, las apropiaciones sacerdotales de las religiones del Libro completadas con los efectivos controles aplicados a la alfabetización, producción y distribución de lo escrito, o las prevenciones lectoras formuladas en distintas épocas y en diferentes ámbitos discursivos.⁷⁵

Junto a eso, dos de los factores que históricamente más han determinado los discursos sobre la escritura y la lectura, y no sólo, competen al género y a la clase social. Ser mujer o integrar las llamadas clases populares o subalternas han sido razones para "expulsarlos del paraíso" y justificar la histórica reproducción de políticas discriminatorias en el acceso a la instrucción y la adquisición de las competencias básicas de lectura y escritura. No pretendo aburrir a los lectores y lectoras de estas páginas con una relación de testimonios al respecto; pero sí incidir en la persistencia de los discursos elaborados por las clases dominantes para justificar la estamentalización del saber o lo impropio, indecoroso e inadecuado que eran determinadas lecturas para las mujeres, el campesinado, la clase obrera o, en general, las personas de condición humilde. Además, en el caso de las clases subalternas, tampoco se pueden eludir los condicionamientos derivados de las estructuras económicas y la desigual distribución de la riqueza.

La historia del lenguaje y de la cultura escrita es, en efecto, la de una prerrogativa masculina.⁷⁶ Desde la Antigüedad más remota la mujer ha tenido negado el acceso a la palabra pública. Era considerada un ser inferior y, en consecuencia, sin la capacidad de intervenir en el ágora. El caso de Gaia Afrania, mujer de un senador

⁷⁴ D. P. PATTANAYAK, *La cultura escrita: un instrumento de opresión*, en David R. OLSON y Nancy TORRANCE (comps.), *Cultura escrita y oralidad*, Barcelona, Gedisa, 1995 [*Literacy and orality*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991], pp. 145-149; y Edward W. SAID, *Cultura e imperialismo*, Barcelona, Anagrama, 1996 [*Culture and Imperialism*, New York, Alfred A. Knopf, 1993].

⁷⁵ Referido a la Francia contemporánea resulta excepcional el amplio recorrido que se plantea en Anne-Marie CHARTIER y Jean HÉBRARD, *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*, Barcelona, Gedisa, 1994 [*Discours sur la lecture (1880-1980)*, París, Bibliothèque Publique d'Information-Centre Georges Pompidou, 1989].

⁷⁶ Giorgio R. CARDONA, *Antropología de la escritura*, Barcelona, Gedisa, 1994 [*Antropologia della scrittura*, Torino, Loescher, 1981; 1991, 2ª ed.], "La escritura es una prerrogativa masculina", pp. 91-95.

romano que renunció a tener abogados y optó por defenderse personalmente, es un testimonio indiciario de lo inusual. La anomalía en el curso de un devenir caracterizado por el cotidiano desprecio a la mujer culta y, por contra, los encendidos elogios a las mujeres discretas e ingenuas, ya que las otras podían inquietar el poder masculino. Como argumenta, a finales del siglo XVII, Nicolás Antonio, en el *Gynaeceio Hispaniae Minerva*, incorporado como apéndice a su obra *Bibliotheca Hispaniae sive Hispanorum* (Roma, 1672), cuando dice que a las mujeres «les había tocado esta suerte más inicua de la ignorancia y de la exclusión de todo estudio por parte de los hombres, sólo por la usurpación de los hombres, quienes siempre alejaron a las mujeres de los instrumentos del dominio para no tener menos poder».⁷⁷

Las lisonjas a la mujer casada, discreta, servicial, recogida, recatada y honesta que salen de los labios de Octavio en *La dama boba* de Lope de Vega -espejo literario de la imagen divulgada por los tratados de educación de los siglos de Oro⁷⁸- son consustanciales a algunos textos sobre la instrucción femenina claramente restrictivos respecto a los contenidos de su alfabetización. Ya fuera el más tolerante del maestro Juan Luis Vives:

«Cuando les enseñan a leer, sea en buenos libros de virtud, porque toda agua no es de beber. Cuando les mostraren escribir, no le den materia ociosa o vana sino alguna cosa sacada de la sagrada escritura o alguna sentencia de castidad tomada de los preceptos de filosofía, la cual escribiéndola una y muchas veces se la imprima firmemente en la memoria»;⁷⁹

o el contrarreformista del padre Gaspar de Astete en el *Tratado del gobierno de la familia, y estado de las viudas y doncellas* (1597), donde deja claro que no era absolutamente necesario que las mujeres aprendieran a leer y escribir porque su "gloria" estaba en el huso, la rueca y la almohadilla, nunca en la pluma ni en la espada, atributos del varón:

«la muger no ha de ganar de comer por el escreuir ni contar, ni se ha de valer por la

⁷⁷ Véase en Lola LUNA, *Las escritoras en la Bibliotheca de Nicolás Antonio*, en ID., *Leyendo como una mujer la imagen de la mujer*, Barcelona, Anthropos-Instituto Andaluz de la Mujer, 1996, pp. 28-41: 37-38.

⁷⁸ Sobre éstos, M^a Teresa CACHO, *Los moldes de Pygmalión. (Sobre los tratados de educación femenina en el Siglo de Oro)*, en Iris M. ZAVALA (Coord.), *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, II. *La mujer en la literatura española. Modos de representación desde la Edad Media hasta el siglo XVII*, Barcelona-Madrid, Anthropos-Comunidad de Madrid, 1995, pp. 177-213.

⁷⁹ J.L. VIVES (1532), *Instrucción de la mujer cristiana*, Traducción de Juan Justiniano, Introducción, revisión y anotación de Elizabeth Teresa Howe, Madrid, Fundación Universitaria Española-Universidad Pontificia de Salamanca, 1995, p. 56.

pluma como el hombre. Antes assí como es gloria para el hombre la pluma en la mano, y la espada en la cinta, assí es gloria para la muger el huso en la mano, y la rueca en la cinta, y el ojo en la almohadilla. Y éstas son las armas que el Espíritu Santo da a la muger fuerte».⁸⁰

Con los matices propios de cada caso y las circunstancias de los respectivos momentos históricos, esos textos abrevan en el legado de una dilatada genealogía que arranca de la Biblia, se reafirma en la patrística («más te vale no saber algo estando segura tu honra que con peligro aprendas y seas sabia», Jerónimo), prosigue por la misoginia medieval y se reproduce igualmente en otros discursos más contemporáneos. Lo percibimos en la nula utilidad que la escritura tenía para las niñas al decir de una maestra madrileña a mediados del siglo pasado, según revela el siguiente informe en el *Album de Señoritas* (1852):

«Un año hace que visitando el excelentísimo señor don José de Zaragoza las escuelas de esta corte, halló una sin mesas; preguntó a la profesora dónde escribían las niñas, y contestó que en ninguna parte, pues era cosa que no la necesitaban por serles más perjudicial que útil»;⁸¹

o en alguna de las razones que llevan a Agustín Serrano de Haro a escribir sus *Guirnaldas de la Historia*, subtituladas *Historia de la cultura española contada a las niñas*, en 1947. El autor de este y otros manuales escolares de la dictadura franquista justificaba la decisión de escribir una Historia de España para las niñas porque la mayoría de los libros se habían escrito para niños y no tenían «en cuenta los imperativos y las necesidades del alma de la mujer», depositadas, por los que se ve en el repertorio de mujeres que ofrece a lo largo de la obra, en la bondad, la elegancia, la religiosidad, el respeto al marido y el cuidado de los hijos. Lo demás era territorio de los varones, y, por lo tanto, ajeno a los intereses y necesidades de las mujeres. Dos guirnaldas lo ilustran:

1

«Produce indignación y pena ver en las manos de las dulces niñas de nuestras aldeas, de las niñas vivarachas de nuestras ciudades, hasta de las jóvenes aspirantes a bachilleratos y licenciaturas, libros, absurdos para ellas, en que se

⁸⁰ Véase en Marie-Catherine BARBAZZA, *L'éducation féminine en Espagne au XVIème siècle: Une analyse de quelques traits moraux*, en *École et église en Espagne et en Amérique Latine: Aspects idéologiques et institutionnels*, Tours, Université de Tours, 1988, pp. 327-348: 347, n. 12.

⁸¹ *Album de Señoritas*. Revista de Literatura, Educación, Novedades, Teatro y Modas, Madrid, 1852, año I, núm.3. Testimonio citado en Geraldine M. SCANLON, *La polémica feminista en la España contemporánea (1868-1974)*, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 15.

cuentan secamente las heroicidades del Cid, o las graves meditaciones de Felipe II -y esto cuando no son las famosas relaciones de reyes visigodos o las divisiones y subdivisiones de los reinos cristianos de la Edad Media-, sin que ilumine la aridez del texto la sonrisa de una figura femenina, de una inquietud, de una ilusión de mujer».

2

«¿Para qué quieren las niñas que les contemos el trabajo de los hombres, las luchas de los hombres, las cavilaciones de los hombres, si esto ni es solaz para su espíritu ni posiblemente ejemplo para su vida?». ⁸²

Roles diferenciados, saberes sexuados. La mujer, expulsada del espacio público donde ejerce su autoridad el varón (y, entre éstos, no todos del mismo modo) cultiva la lectura y la escritura en el ámbito doméstico, en aquello que la sociedad espera y determina para ella, y, por supuesto, de acuerdo a los dictados de la moral. El discurso dominante vigila así las relaciones entre la mujer y la cultura escrita y autoriza o desautoriza las lecturas y ejercicios de escritura en los que ellas participaban. En ese entramado, la mujer debe leer lo que le está consentido y ha de escribir desde el dominio del espacio privado. O lo hace por mandato y autoridad de un varón, el confesor, como sucede con buena parte de las escritoras místicas de los siglos de Oro, cuando no adopta la cobertura de un seudónimo masculino para intervenir en el ágora pública. En el siglo XVI estaba mal visto que las mujeres leyeran libros de caballería, pero la misma prohibición indica que lo hacían, como en el XIX lo estará que se abandonen por otras selvas que no sean las de la novela sentimental. La mujer culta, escritora o lectora, vista siempre como atípica, rara, varonil y excepcional, al modo que se decía en una de las cancioncillas que se cantaban por tierras gallegas en siglos pasados:

Válgame Deus que miragre,
unha nena sabe ler:
cando o seu mozo lle escribe,
sábelle ela responder. ⁸³

La poesía de la canción, cuya verdad se rastrea en el hilo de la historia, califica todavía la distribución sexual de los 960 millones de personas analfabetas que aún existen en el mundo. Según las estimaciones de la UNESCO, en 1995 la tasa de analfabetismo femenino alcanzaba el 28,2%, frente al 16,4% para los varones;

⁸² A. SERRANO DE HARO, *Guirnaldas de la Historia. Historia de la cultura española contada a las niñas*, Madrid, Editorial Escuela Española, 1958⁸ (1947), pp. 5-6.

⁸³ Recogida en Pegerto SAAVEDRA, *La vida cotidiana en la Galicia del Antiguo Régimen*, Barcelona, Crítica, 1994, p. 386.

pero la disparidad se hace más significativa en determinados países en vías de desarrollo, especialmente en el África Subsahariana, los Estados Árabes y Asia del Sur donde se ronda o rebasa una diferencia del 20% entre ambos sexos.⁸⁴

La negación de la palabra escrita constituye, efectivamente, una de las claves que explican el devenir social de la escritura y su conceptualización como un conocimiento de acceso restringido, sujeto al criterio que para ello han establecido siempre las clases dominantes y determinados intelectuales, a menudo inseparables. Véase si no lo que sobre el particular argumentaba Nietzsche en uno de los discursos de la primera parte de *Así habló Zaratustra* (1883), "Del leer y el escribir":

«No es cosa fácil el comprender la sangre ajena: yo odio a los ociosos que leen.

Quien conoce al lector no hace ya nada por el lector. Un siglo de lectores todavía- y hasta el espíritu olerá mal.

El que a todo el mundo le sea lícito aprender a leer, corrompe a la larga no sólo el escribir, sino también el pensar».⁸⁵

Las reflexiones del filósofo alemán, inscritas en su teoría del superhombre, entroncan con toda una lógica discursiva, cuya genealogía sería preciso reconstruir, que siempre ha pretendido atribuir saberes específicos a las distintas clases sociales e intervenir en el contenido de los textos empleados para aprender a escribir y leer o en la clase de lecturas más convenientes según el género y la condición social de las personas. Lo avala, entre otros textos, el fragmento que sigue, tomado de la *Epistula ad Petrum Ferdinandi de Velasco* de Alonso de Cartagena, escrita en los aledaños de 1440. En ella el obispo de Burgos trata de convencer a su amigo el conde de Haro de que es la voluntad divina la que ha determinado que los saberes se distribuyan en función de los distintos estamentos para que así cada uno de éstos pueda cumplir mejor con el cometido de su *officium* en la *res publica*:

«No es posible, en tanta multitud de hombres, que todos se dediquen al estudio de los libros; ni sería conveniente a la república, para cuya gobernación plena y próspera son necesarios muchos, o mejor dicho infinitos oficios, artes e industrias. Gastar el tiempo de los que ejercen estos oficios [i.e. los laboratores] en el estudio de las ciencias sería, en efecto, muy dañoso

»Pero en cuanto a los hombres que, conducidos por su gran amor a la ciencia, se dedican a la profesión escolástica [i.e. los oratores], éstos sí pueden

⁸⁴ Cfr. Daniel A. WAGNER, *Alfabetización: Construir el futuro*, cit., pp. 30, 33-37.

⁸⁵ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, ed. de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 1997 («Biblioteca de autor»: 0612), p. 73.

convenientemente cultivar los libros y pasar la mayor parte de su vida, oyendo, leyendo y escribiendo. Así los que se empeñan en acumular las doctrinas que dan salvación a sí mismos y a todos los hombres se acostumbrarán a aprender y a enseñar».⁸⁶

Mejor un campesino analfabeto que sabio, lo mismo que pensaban de los esclavos sus propietarios británicos en el siglo XVII (y después), aterrados por la sola idea de que hubiera una «población negra que supiera leer y escribir». Por ello su firme oposición, sobre todo en las colonias americanas y especialmente en Carolina del Sur, al decreto de Carlos II de Inglaterra en 1660 ordenando que se instruyera en la doctrina cristiana a los indígenas, sirvientes y esclavos de dichas colonias.⁸⁷

De nuevo el "horrible peligro de la lectura", sobre el que Voltaire escribió un breve opúsculo en 1764,⁸⁸ el miedo a las potencialidades transgresoras y emancipadoras que se pueden encontrar, aunque no siempre ni obligadamente, en el escribir y en el leer, en la doble posibilidad de pensarnos y de construir nuestra identidad en referencia a lo que nos enseñan los libros que leemos, la biblioteca interior:

«La biblioteca interior es la cultura: lo retenido, lo aprendido, lo contrastado, las nociones de ética y estética, de gusto, de comportamiento, de sociedad, de usos y costumbres, de relación con los otros: un concepto de vida».⁸⁹

Menos mal que, frente a la profilaxis lectora impuesta por las clases dirigentes y ciertas élites intelectuales, siempre queda la posibilidad de subvertirla y hacer de la historia social de la cultura escrita algo tan hermoso y apasionante como puede ser la reconstrucción de todas cuantas transgresiones han sido, de las posibilidades heterodoxas que recorren la pluma y el papel. De la lectura como una «caza furtiva»⁹⁰ y de los usos marginales de la escritura o de

⁸⁶ *Epistula ad Petrum Fernandi de Velasco*, 3, 34-35, Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 9208. Traducida por Jeremy LAWRENCE, *La Autoridad de la letra: un aspecto de la lucha entre humanistas y escolásticos en la Castilla del siglo XV*, «Atalaya. Revue Française d'Études Médiévales Hispaniques», 2 (1991), pp. 85-105: 86, de donde tomo la cita.

⁸⁷ Cfr. Janet Duitsman CORNELIUS, *When I Can Read My Title Clear: Literacy, Slavery, and Religion in the Antebellum South*, Columbia, S.A., 1991. Cita Alberto MANGUEL, *Una historia de la lectura*, Madrid, Alianza Editorial-Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1998 [*A History of Reading*, Toronto, Knopf Canada, 1996], pp. 313-314.

⁸⁸ Una traducción castellana, de Fernando Savater, se publicó en el diario *El País*, viernes 23 de abril de 1993, p. 34.

⁸⁹ Eduardo HARO TECLEN, *El niño republicano*, Madrid, Alfaguara, 1996, p. 126.

⁹⁰ «El lector es el productor de jardines que miniaturizan y cotejan un mundo, Robinson de una isla por descubrir, pero "poseído" también por su propio carnaval que introduce el múltiplo y la diferencia en el sistema escrito de una sociedad y de un texto», Michel de CERTEAU, *La invención de lo cotidiano, I. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana-Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores

los escribientes y escritores subalternos.⁹¹ Nos encontramos así con hombres y mujeres que convirtieron la lectura en un viaje por el interior de los textos, desautorizando incluso la interpretación de profesionales y de intelectuales socialmente autorizados. Páginas que nos hablan de las mujeres que quisieron conjurar el silencio del olvido y dejar memoria de sí, huella de su creación, testimonio de un mundo nombrado en femenino.⁹² Trazos de individuos de condición humilde que tomaron la palabra y la inscribieron en el palimpsesto mural de la antigua Pompeya, en las paredes de las cárceles de la Inquisición moderna o en las fábricas y barrios suburbanos de las ciudades del siglo XX. Por no mencionar los mazos de cartas, los diarios, los libros de memoria, como el que el Monipodio cervantino llevaba en la *capilla de la capa*, y otras tantas prácticas de un escribir en primera persona extendido más allá de las élites dominantes y letradas. Los productos, en fin, de la cultura escrita como apropiación también por parte de las clases subalternas. Prácticas populares de la lectura, escrituras ordinarias y escribientes subalternos conforman el territorio de una historia social de la cultura escrita producida y consumida por los de abajo, cuyo rastro es preciso recuperar. Hacerlo es tarea de las sociedades que se llaman democráticas y de los historiadores que asumen la responsabilidad social de su oficio.

La cultura escrita construye potencialmente un espacio de poder: «La isla de la página -dice Michel de Certeau- es un lugar de tránsito donde se opera una inversión industrial: lo que entra aquí es algo "recibido", lo que sale es un "un producto"». ⁹³ El espacio blanco se traviste por la acción de la escritura. La lectura parte del texto y se distancia del mismo, «se libera del suelo que la determinaba», ⁹⁴ cobra sentido propio en la mente de cada lector o lectora. El poder lo teme, recela de la escritura y la lectura, lo combate cuando el escritor y el lector salta las vallas de lo que está socialmente autorizado. Decreta la quema de los libros, la condena de los autores, la persecución de los editores, como acontece ahora, cuando termino de escribir este texto, enero de 1999, en la China de Jiang Zemin. Después de todo: «Un

de Occidente-Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1996 [*L'invention du quotidien, I. Arts de faire*, París, Gallimard, 1990], p. 186 y, en general, el capítulo XII: "Leer: una cacería furtiva", pp. 177-189.

⁹¹ A. PETRUCCI, *Scritture marginali e scriventi subalterni*, en F. A. LEONI, D. GAMBARARA, S. GENSINI, F. LO PIPARO y R. SIMONE (eds.), *Ai limiti del linguaggio. Vaghezza, significato e storia*, Roma-Bari, Laterza, 1998, pp. 311-319.

⁹² María-Milagros RIVERA GARRETAS, *Nombrar el mundo en femenino. Pensamiento de las mujeres y teoría feminista*, Barcelona, Icaria, 1994; Nieves IBEAS y M^a Ángeles MILLÁN (ed.), *La conjura del olvido. Escritura y feminismo*, Barcelona, Icaria, 1997.

⁹³ M. de CERTEAU, *La invención de lo cotidiano*, cit., p. 149.

⁹⁴ *Ibidem*, p. 189.

libro, en manos de un vecino, es un arma cargada», le dice Beatty a Montag en *Fahrenheit 451* (1953), la célebre novela de Ray Bradbury.⁹⁵

RESUMEN

La historia de la escritura es mucho más que el devenir de los sistemas gráficos. Es la historia de un medio y modo de comunicación cuya producción, difusión y apropiación han estado determinadas por el valor y el uso que le han dado las respectivas sociedades. Tras un breve repaso a los 5.000 años de la aventura escrita, desde su origen como un signo restringido hasta su conversión actual en un signo virtual, analizo los factores que históricamente han decidido la desigual distribución social de la cultura escrita. En este sentido, me detengo especialmente en el poder inherente a la palabra escrita y en los discursos que han limitado su conocimiento, así como en las determinaciones de la clase social y el género.

SUMMARY

The history of writing involves much more than the evolution of graphic systems. It is the history of medium whose production, diffusion and appropriation is directly derived by the use or value the people using it want to give it. After a brief summary of 5,000 years of the written adventure, the paper deals with the unequal social distribution of the written culture, stressing the power attached to written, the rationale behind those wanting to control the spread of writing skills and how those are tied to gender and social status.

RÉSUMÉ

L'histoire de l'écriture est beaucoup plus que le devenir des systèmes graphiques. C'est l'histoire d'un moyen et d'un mode de communication dont la production, la diffusion et l'appropriation ont été déterminées par la valeur et l'usage qu'en ont fait les sociétés respectives. Après un bref aperçu des 5.000 ans d'aventure de l'écrit, depuis son origine comme signe restreint jusqu'à sa conversion actuelle en signe virtuel, j'analyse les facteurs qui historiquement ont décidé de la distribution inégale de la culture écrite. Dans cette optique, je me suis attaché plus particulièrement à l'étude du pouvoir inhérent à la parole écrite et des discours qui ont limité sa connaissance, de même que les classes sociales et le sexe.

⁹⁵ R. BRADBURY, *Fahrenheit 451*, Barcelona, Minotauro, 1996, p.73.